

**FERNANDO
GONZALEZ
GORTAZAR**

LA ARQUITECTURA CONTEMPORANEA EN JALISCO

Guadalajara fue fundada, en su cuarto, definitivo y actual asiento, el 14 de febrero de 1542, en un ancho y plano valle de mezquites. Sesenta y uno fueron los primitivos varones tapatíos, más unas pocas mujeres y niños; en 1738 sumaban en total ocho mil dieciocho y en 1810, cuando Hidalgo llega a la ciudad en vísperas de su derrota, eran alrededor de treinta mil.

Como se ve, el aumento de población no había sido precisamente espectacular. A pesar de ser capital del amplísimo territorio de la Nueva Galicia, a pesar de haber sido ennoblecida con el título de Ciudad en 1539 —curioso caso de ciudad que existe como tal antes de su definitiva fundación—, a pesar de tener Universidad desde 1792 y seis meses después imprenta, Guadalajara tenía bien pocos elementos para competir con ciudades de la importancia política de México o de la importancia económica de Guanajuato o Zacatecas.

Las inmensas fortunas que en estos sitios se amasaron, y los espléndidos mecenas que las mismas hicieron posible, en Guadalajara brillaron por su ausencia. Sus habitantes, pacientes y tesoneros por la pobreza del suelo, hoscos por la indomabilidad de los naturales, conservadores por el aislamiento que creaba la lejanía de la metrópoli y de las grandes rutas de la vida de la Colonia, se dedicaron a trabajar la tierra, a criar reses y caballos y a tareas artesanales, actividades no tan espectacularmente productivas como la minería, pero mucho más estables. Guadalajara, así, no conoció épocas de auge, pero tampoco de decadencia.

Los restos arquitectónicos coloniales son, comparativamente, pobres. Algunas iglesias y capillas de hospital, algún convento, unas cuantas casonas de no gran esplendor. Obras sólidas, de una volumetría fuerte y sobria, con algún detalle florido y trabajado.

En la segunda mitad del siglo XIX la ciudad había crecido un tanto, y algunos hacendados de más o menos nuevo cuño gozaban de fortunas respetables. Para ellos trabajaban unos cuantos arquitectos, algunos extranjeros como el italiano Chiostrri —residente fijo— o como Adamo Boari, que proyectó el gótico Templo Expiatorio, y otros vernáculos, como Don Guillermo de Alba, constructor prestigiado.

Las obras de ese tiempo, algunas de ellas de gran calidad y de las que desgraciadamente sobreviven menos cada día, varían desde el neoclásico hasta el *art-nouveau*, pasando por una amplia gama de estilos regionales europeos. Es decir, con la prosperidad llegó la "internacionalización", y así se siguió construyendo en nuestro siglo hasta la década de los veinte, y aún más tarde.

En los últimos lustros del siglo XIX y primeros de éste, existió en Guadalajara una Escuela Oficial de Ingeniería, algunos de cuyos alumnos dieron nacimiento, años más tarde, a la Escuela Libre de Ingenieros, fundada y dirigida por el ingeniero y licenciado Don Ambrosio Ulloa. En ella, los alumnos tenían opción a que, con dos años más de estudios de Composición, Historia del Arte y otras

materias, se les extendiera el título de Ingeniero Civil y Arquitecto.

En esa época, al lado de las tradicionales casas de patio central rodeado de corredores porticados, se construyeron obras de imitación colonial, pagodas "chinas", y abundaron, en las nuevas colonias del poniente, unas curiosas casas que recuerdan las tempranas obras de Wright, aunque sólo en su imagen exterior.

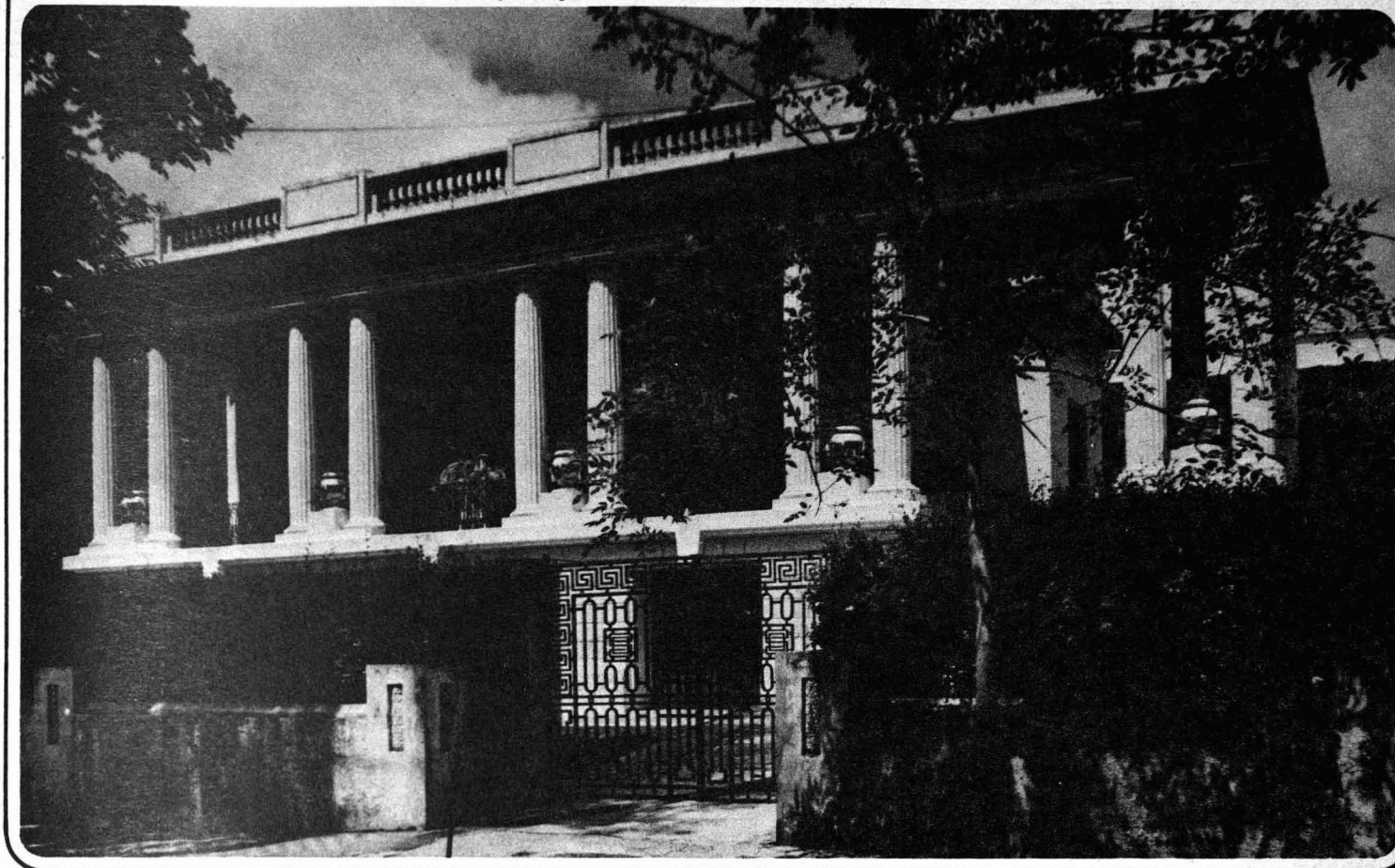
En 1925, Luis Barragán, joven egresado de la Escuela Libre, va al Viejo Mundo. A su regreso comenta sus hallazgos, y entre ellos los que más lo habían impresionado y que habrían de tener perdurable influencia, no sólo en su propia obra, sino en el posterior desarrollo de la arquitectura tapatía: las construcciones populares mediterráneas y los trabajos y escritos del arquitecto y jardinero francés Ferdinand Bac. De este último trae Barragán un libro, *Jardins Enchantés* en el que él y sus compañeros más cercanos (Ignacio Díaz Morales, Pedro Castellanos y Rafael Urzúa) encontraron su camino de Damasco. Este libro propició una actitud y una toma de conciencia, les ofreció una carta de identidad.

Las obras construidas entonces por estos arquitectos fueron, sin duda, el punto de partida de una corriente que llega a nuestros días.

Hay varios puntos que permiten hablar de un lenguaje expresivo común a todos ellos: la búsqueda de la elocuencia a través de la sobriedad; el tratamiento de los muros como volúmenes, no como planos; el acento en la masa que da a las obras el aspecto de bloques perforados; el empleo de elementos tradicionales, como arcos y tejas, y de porticos y terrazas abiertas; el interés por investigar texturas y colores. Sin embargo, cada uno de ellos tiene sus particularidades: Díaz Morales lleva a sus límites el desnudamiento, mientras Pedro Castellanos es más sensual, más alegremente decorativo. Lo que aquél suprime, éste elabora. Díaz Morales quiere eliminar lo superfluo, mientras Castellanos trabaja con deleite los remates, las rejas de madera torneada y policromada, los recubrimientos de barro engretado, elementos que si en algunos casos enriquecieron su obra, en otros la llevaron a graves arcaísmos.

Las pocas obras de Rafael Urzúa revelan un gran talento y una nada ordinaria capacidad de síntesis. Su partida temprana hacia un pequeño poblado, abandonando el ejercicio profesional, privó a Guadalajara de obras seguramente trascendentes.

El arquitecto de mayor genio, cuyas visiones calaron más hondo y llegaron más lejos, fue sin duda Luis Barragán. Ya en los primeros trabajos de este arquitecto, uno de los creadores más importantes en el México de este siglo, aparecen las bases sobre las que habría de desarrollarse su extraordinaria obra posterior: el interés por los juegos volumétricos, el movimiento de planos, el sabio manejo de las texturas y colores (empleados, estos últimos,



con un criterio eminentemente arquitectónico y no pictórico, es decir, como parte de un todo en el que refuerzan la capacidad expresiva del espacio y la intención formal), la generosidad de los espacios interiores y los juegos con las alturas de los techos, la valorización de las perforaciones. También el empleo abundante del agua y la vegetación: sin duda ya entonces había nacido, al contacto con la obra de Bac, la vocación jardinera de Barragán. También sin duda, ya está en estas obras presente la principal característica de sus jardines, privados o públicos: el tratar estos espacios abiertos de tal manera que, curiosamente, siempre son cerrados, excepto hacia arriba. El claustro fue una de las pasiones de esa generación.

Si bien es cierto que con estos arquitectos el espíritu del siglo XX aparece en Guadalajara, también lo es el que sus obras no rompen una tradición sino que, conscientemente, se apoyan en ella. Las innovaciones técnicas son prácticamente nulas, los enfoques programáticos no ofrecen novedades, y con pocas excepciones sólo atacan, en esta época, el género habitacional.

Unos años más joven que los citados, Julio de la Peña es ya un arquitecto de otro tipo, sin duda el primer arquitecto "moderno" de Guadalajara. Dotado de indudable talento, en el que por lo visto él no tuvo nunca demasiada confianza, después de sus primeras obras, sólida e inteligentemente resueltas, obras que mostraban su imaginación y su conocimiento e interés por la nueva arquitectura mundial, tuvo la desgracia de "ponerse de moda" y ceder a ella. Fue, sin embargo, uno de los arquitectos que más habrían de influir en las nuevas generaciones, y de vez en vez, en sus obras posteriores, se descubren huellas de su capacidad original.

Díaz Morales demostró pronto su interés por la investigación teórica. Pensador serio y metódico, hombre de vasta cultura, apasionado y romántico, intransigente y obstinado, este personaje clave de la arquitectura jalisciense realizó, en la década de los

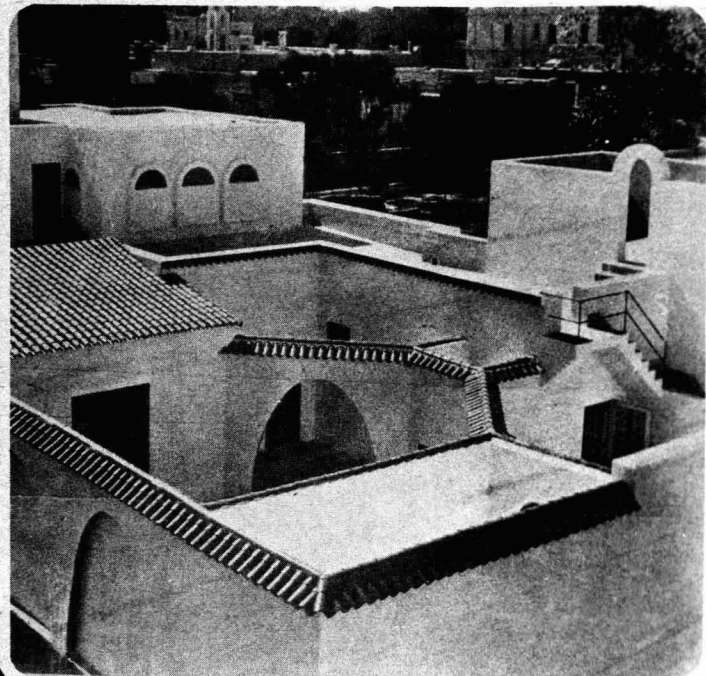
cuarentas y cincuentas, obras verdaderamente importantes, entre ellas un templo y varias casas —la mayoría verdaderas mansiones para la burguesía más próspera— en las que la simplificación formal y el sentido del espacio revelan su solidez profesional. También concibió la cruz de plazas con la Catedral al centro, y realizó dos de ellas: una, la del Ayuntamiento o de "Los Laureles", con estacionamiento subterráneo, que además de su mala solución funcional y su falta de atractivo, roza peligrosamente las fronteras del arcaísmo. La otra, la de "La Liberación", es una de las mejores obras no sólo de su autor, sino de la ciudad, con su acertada jerarquización y solución de las zonas de tránsito y de estancia, sus bellísimas fuentes, su sabio empleo de los elementos vegetales, que por desgracia fueron parcialmente tirados más tarde.

Para esas fechas, hacía mucho que la Escuela Libre había cerrado sus puertas convirtiéndose, con su mismo plantel de maestros y alumnos, en la Escuela de Ingeniería de la Universidad de Guadalajara, y posteriormente se había fundado la de la Universidad Autónoma.

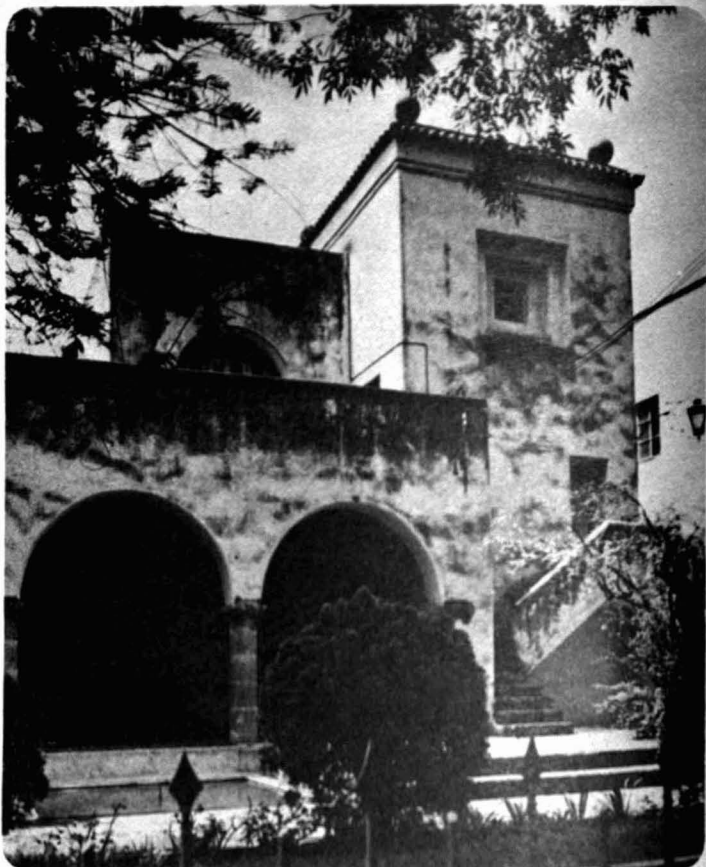
Cuando el Rector, Doctor Luis Farah, invitó a Díaz Morales a formar la Escuela de Arquitectura que la Universidad de Guadalajara pensaba crear dentro de su nuevo Instituto Tecnológico, el arquitecto aceptó con el mayor entusiasmo y dio nacimiento, el día 10. de noviembre de 1948, a una de las instituciones docentes más sui-géneris que ha visto este país, la que conviene comentar con algún detalle dado que ella es responsable, en muy buena parte, de la actual arquitectura jalisciense.

Díaz Morales ejercía sobre ella un férreo y paternal tutelaje. El mismo concibió su estructura y estilo, la formó y dirigió en sus primeros años. El plan de estudios pretendía dotar a los alumnos de conocimientos enciclopédicos, e incluía un sinnúmero de materias. Además de las fundamentales: Composición, Geometría Descriptiva, dibujos e historias y las ciencias constructivas y el diseño

Luis Barragán
Casa habitación. Guadalajara (¿1930?)



Luis Barragán
Casa habitación. Guadalajara, (1931)



de instalaciones se estudiaban, en algunos casos, con mayor amplitud que en las escuelas de ingeniería. Las materias teóricas y de cultura general abarcaban, además de Teoría de la Arquitectura (elaborada y enriquecida por Díaz Morales a partir del sistema de Villagrán) y Análisis de Programas, temas tan vastos como música, filosofía, estética, jardinería, lenguas, educación visual, presupuestos y legislación urbana.

Para transmitir tanta sabiduría, Díaz Morales no recurrió, como hubiera hecho alguien menos ambicioso e idealista, a los maestros locales y algunos otros importados de la capital. Por lo contrario buscó en Europa y particularmente en sus Universidades, en las que los rigores y limitaciones de la postguerra aún se hacían sentir, los mejores maestros con que cumplir su cometido. Así, en 1949, llegó a Guadalajara Mathías Goeritz, a quien Díaz Morales había conocido en España, y poco más tarde, profesores de las universidades de Madrid, Milán, Florencia, Stuttgart y Viena.

La presencia de maestros de tan variadas procedencias, reforzados por algunos intelectuales tapatíos, revela una de las premisas de la Escuela: su voluntad de independencia.

La enseñanza, y particularmente las apasionadas prédicas del Director, estaban encaminadas a que los estudiantes concibieran la arquitectura no como una profesión, sino como una Cruzada. El rigor teórico se buscaba hasta el fanatismo. Se reprimía el conocimiento de revistas de arquitectura, segura fuente de contaminación y, con excepción de Gropius, todos los grandes maestros de la arquitectura contemporánea eran impugnados y algunos, en particular Le Corbusier, condenados, a pesar de que curiosamente las obras de Díaz Morales tenían indudables influencias del maestro franco-suizo.

Sin embargo la Escuela era buena, casi magnífica, y hacía augurar buenos frutos. Había un gran entusiasmo, los maestros tenían dedicación y algunos alumnos talento. Era una escuela, por

supuesto, de y para una élite intelectual, y devino inevitablemente en escuela para una élite económico-social.

El arquitecto se convertía, desde antes de que egresara la primera generación, en artículo de lujo, en un profesionista burgués que habría de trabajar para burgueses, todo esto a pesar de la escala axiológica adoptada y proclamada por Díaz Morales, con el "valor social" al frente.

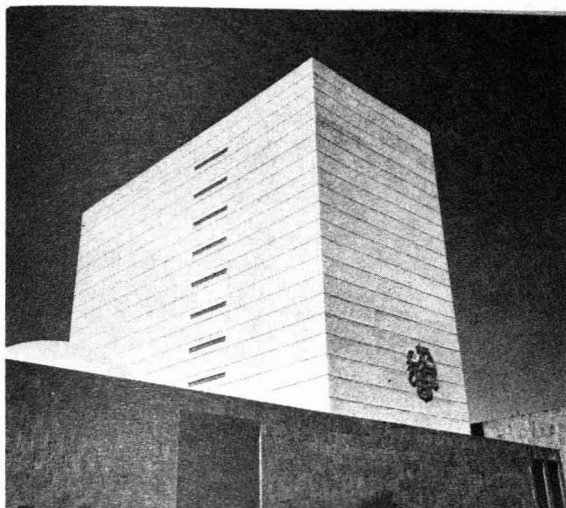
Había, en la Escuela, el ideal de "contemporizar" las formas, los materiales y aun el espíritu de la arquitectura del pasado. Esto implicaba una visión estática de la sociedad y de la historia, una visión claramente reaccionaria, muy de acuerdo con la extracción y la filiación político-social de la inmensa mayoría de maestros y alumnos.

El horror que se tenía al "formalismo" escondía el apoyo tácito a un formalismo peor: el que se esconde tras la fachada falsa de una sociedad hipócrita y autocomplaciente, tras de las actitudes tutelares de la estratificación clasista.

Cuando a mediados de los años cincuentas recibió su título Gabriel Chávez de la Mora, primer egresado de la Escuela, el campo profesional era vasto y la situación, propicia. En esos momentos grandes obras urbanas transformaban la ciudad, en la que se levantaban numerosas construcciones, poniendo de moda el ser "modernos".

Los nuevos arquitectos, varios de los cuales se agruparon en protectoras y efímeras sociedades, poco acordes con el individualismo fomentado en la Escuela y con su total falta de entrenamiento y disposición para el trabajo en equipo, emprendieron la búsqueda de un lenguaje personal.

Varias obras valiosas se realizan entonces: Enrique Nafarrate hace su propia casa, Federico González Gortázar la del doctor Angel Urrutia, Max Henonin la de Octavio G. Barrera. Construcciones interesantes, de un regionalismo nada peyorativo, en las que



Julio de la Peña
Casa de la
Cultura
Jalisciense.
Guadalajara, (1958)



Enrique Navarrete
Casa habitación.
Guadalajara, (1958)

el funcionalismo ortodoxo estaba matizado por un espíritu sereno e intimista.

Estas obras y otras que les siguieron, principalmente habitacionales proyectadas por un gran número de profesionistas, sentaron las bases de lo que sería un válido estilo local, que aprovechaba adecuadamente la mano de obra y los materiales de origen artesanal, y cuyas prioritarias consideraciones climáticas llevaban a un empleo abundante y acertado de patios y terrazas como prolongación de los espacios interiores, de zonas pergoladas y de celosías, así como, en las fachadas, a un claro predominio de los llenos sobre los vanos, de los muros sobre las ventanas, exactamente en dirección opuesta a la que apuntaba la arquitectura internacional de ese momento. Todo esto con una clara voluntad de forma y un espíritu absolutamente contemporáneo.

La arquitectura tapatía tuvo, entonces, un nivel medio más que decoroso, y una imagen propia de relativa independencia.

Bien pronto, sin embargo, este "estilo local" devino en academia, cuyas fórmulas de uso fácil (patios, pilas, pérgolas y gárgolas, pequeñas aberturas con celosías o rejas sobre volúmenes blancos con texturas gruesas que se apoyaban sobre muros de piedra, pequeños detalles de barro o cantera amarilla), solucionaban todos los problemas.

Si bien muy devalorada en su conjunto, esta corriente, cuyos antecedentes más directos e inmediatos se encuentran en las obras de la generación de Barragán, sobrevive aún con gran fecundidad practicada curiosamente, como alguien ha hecho notar, principalmente por arquitectos jóvenes. Algunos de ellos, con una visión ampliada, talento plástico y libertad conceptual, han manejado sus elementos con originalidad, enriqueciéndola y dándole impulsos nuevos.

Viéndola retrospectivamente y en un contexto más amplio, esta que pudiéramos llamar "escuela tapatía" resulta ser, en lo que va del siglo, el único movimiento artístico del país, con características particulares y definidas, que ha nacido y se ha desarrollado totalmente fuera de la ciudad de México, y cuyas influencias se han hecho sentir en otros sitios.

Casi simultáneamente a la corriente anterior, nace otra que pretendió utilizar los hallazgos de lo que entonces se llamó "estilo internacional". Así empezaron a erigirse pobrísimos ejemplos de edificios y casas con fachada integral o predominantemente de cristal, que en un clima como el tapatío, y sin contar con accesorios técnicos que lo neutralizaran, resultaban absurdas y casi inhabitables.

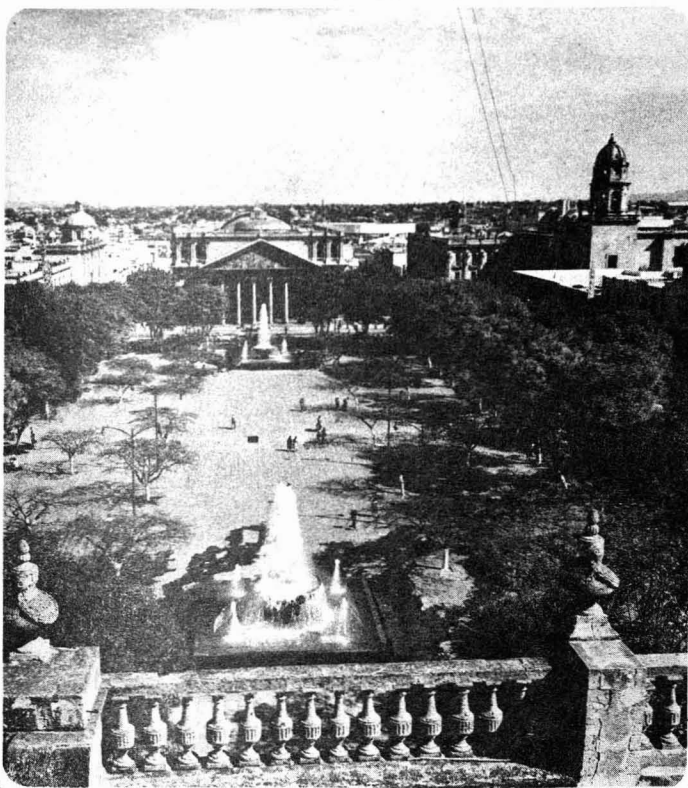
También Oscar Niemeyer y la arquitectura brasileña en general, tuvieron sus adeptos, quizás menos obvios. Siendo ésta de un espíritu económico, técnico, y climáticamente más cercano al tapatío, las obras tocadas por su influencia lograron una mejor integración al medio y una mayor aceptación. Algunos de sus elementos resucitan aún de vez en cuando, y, en general, puede decirse que han enriquecido el panorama.

En 1957 se demuele el antiguo mercado de San Juan de Dios, corazón del barrio del mismo nombre y verdadero centro de la mitad oriente de Guadalajara, y es sustituido por el nuevo y enorme Mercado Libertad. Esta obra había sido proyectada varios años antes, siendo aún estudiante, por el arquitecto Alejandro Zohn.

Dotado de una mentalidad analítica y racional, con una sólida formación técnica (estudió al mismo tiempo las carreras de arquitecto e ingeniero civil), Zohn intenta un enfoque distinto para resolver su mercado, tratándolo como un conjunto de áreas más o menos lineales que se abrían, a manera de balcones, tanto hacia las calles circundantes como hacia patios interiores. Además, se expresa con un interesante lenguaje espacial y formal, en el que se perciben remotos ecos wrightianos, producto de la utilización de

Ignacio Díaz Morales.

Plaza de la Liberación. Guadalajara, (1952)



Alejandro Zohn
Mercado Libertad, Guadalajara, (1951)



nuevas técnicas, específicamente los hongos rectos y las superficies alabeadas de concreto armado.

Algunas fallas tuvo la solución. Por ejemplo, las protecciones del sol y la lluvia resultaron insuficientes y hubo que colocar celosías en las fachadas exteriores, las que si no dañaron ni funcional ni estéticamente el Mercado, sí lo hicieron perder parte de la originalidad de su concepto, al convertir en cerrado a un edificio que había nacido como prolongación del espacio urbano.

A 17 años de distancia, sin embargo, a pesar de su sobresaturación y de algunas alteraciones que ha sufrido, el Mercado Libertad aparece como una de las obras más sólidas, lúcidas y perennes de la arquitectura local. Sus dos enormes patios centrales, uno cubierto con grandes mantos alabeados y el otro abierto, muestran una gran seguridad en el manejo del espacio, y las escalinatas del segundo, de logradísimo diseño libre, consignan uno de los pocos momentos líricos del autor, un libre vuelo creativo dentro de un conjunto de obras cuyo mayor peligro es, precisamente, su excesiva intelectualización racionalista.

En 1962, Zohn construyó la Unidad Deportiva López Mateos. Una planta de conjunto excelentemente resuelta y un uso acertado de las estructuras de concreto (material que utiliza con maestría), son sus principales cualidades. La cubierta de su ingreso principal, formada por cuatro paraboloides-hiperbólicos, a pesar de su efectismo —o quizás por eso— es de lo menos sólido de su autor.

Otras obras dignas de mención son la casa Dubín, en Manzanillo (1962), desgraciadamente destruida, el Internado Cervantes (1963), el Auto-Banco Arcos (1965) y los Apartamentos Yuca (1969) y el Club Macabi y su sinagoga anexa (1971).

En algunos de sus trabajos más recientes parece advertirse una cierta rigidez, un cierto acartonamiento, e inclusive una extraña falta de escala en algunos elementos menores, contra los cuales el arquitecto debe estar alerta. En promedio, lo que ha realizado

hasta ahora resulta, no obstante, de un nivel cualitativo sorprendentemente alto.

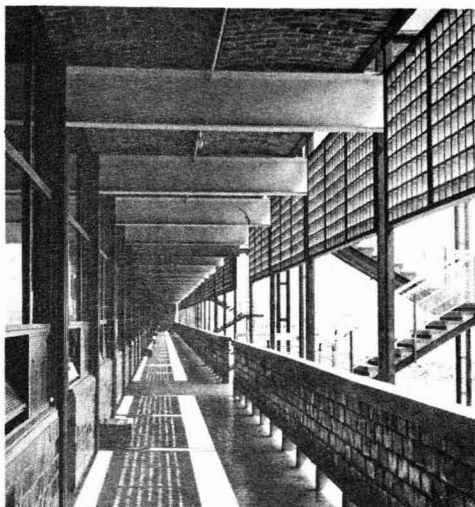
Si Zohn busca expresarse con un lenguaje producto de las nuevas técnicas y materiales, Salvador de Alba maneja las tradicionales con una visión nueva y transfiguradora. Las bóvedas y cúpulas circulares de ladrillo de lama, por ejemplo, que por generaciones se han venido utilizando en su tierra natal, Lagos de Moreno, adquieren en sus manos una modernidad y una imagen que no deja de sorprendernos.

Integrante del equipo de diseño del Aula-Casa Rural Prefabricada del CAPFCE —con la que obtuvo en 1960 un Diploma de Colaboración en la Trienal de Milán— conoce y ama las técnicas de prefabricación. Así, cuando en 1960 proyectó y construyó la Escuela Normal Regional de Ciudad Guzmán, tuvo la audacia de combinar, con resultados de gran belleza, sinceridad de imagen y economía, los materiales, técnicas y mano de obra locales, con grandes elementos prefabricados de producción industrial.

Cuando fue terminada esta obra ejemplar —la que al año siguiente obtuvo Mención Honorífica en la VI Bienal de Sao Paulo— hubo quien vaticinó que el camino que marcaba su feliz combinación de lo más tradicional con lo más nuevo, del hombre con la máquina, habría de adquirir gran desarrollo en el futuro. Desgraciadamente no fue así; ni el propio Salvador de Alba retomaría esta ruta.

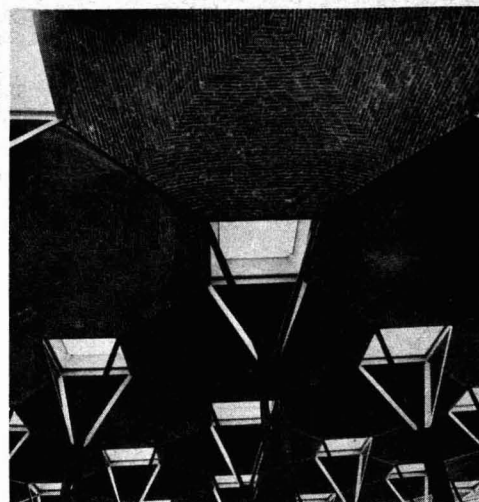
En los años 62 y 63 remodeló la zona central de Lagos de Moreno, y en 64 construyó las Oficinas Federales en esta misma ciudad. Ambas obras sorprenden tanto por su calidad individual como por la extraordinaria integración que logra con un medio urbano tan tradicional y personalizado como ese.

En esta misma línea, el Mercado Municipal de San Juan de los Lagos es casi una obra maestra. Se trataba de un edificio antiguo cuyo exterior neoclásico —lo único salvable— fue restaurado. En el



Salvador de Alba.
Escuela Normal.
Ciudad Guzmán, (1960)

Salvador de Alba.
Mercado Municipal.
San Juan de los Lagos,
(1960)



interior, de Alba construyó un amplio espacio poblado por ligerísimas columnas, formadas cada una por cuatro ángulos de acero ligados entre sí, que en su parte superior se abren para soportar los marcos que sostienen hermosísimas cúpulas de tabique aparente. El resultado final es de una excepcional belleza y adecuación al medio.

Obras meticulosas, resueltas hasta el último detalle, revelan a de Alba como un arquitecto de elaboración lenta y cuidadosa, un arquitecto más de soluciones precisas que de conceptos audaces, un arquitecto que necesita tiempo. Algunas otras de sus obras, realizadas con mayor premura, han resultado menos logradas.

En la mitad de los sesentas se inició un fenómeno nuevo y extraño. Como hongos con las primeras lluvias, aparecieron y proliferaron unas absurdas construcciones de espíritu nostálgico e intención formal arcaizante. Su "estilo" incluye imitaciones neoclásicas y churriguerescas, pero el que predomina es un simplificado

"colonial" quizá "californiano", en infinitas combinaciones y variantes. Para explicar el hecho, se ha convertido en lugar común el atribuirlo a una insatisfacción generalizada ante lo que los arquitectos, hasta ese momento, habían sido capaces de ofrecer a sus clientes. Según esto, quien tenía una casa "moderna" —y digo casa porque fue en éstas donde el "neocolonial" arraigó al principio con más fuerza— vivía a disgusto entre tanta "frialidad" y funcionalismo, y añoraba el calor de los gruesos muros. Dado que, como ya se dijo, el "modernismo" a la moda internacional era la excepción, y por lo contrario la arquitectura predominante conservaba, con una interpretación contemporánea, los elementos supuestamente añorados, la explicación se invalida.

La verdad es que no fueron los clientes los que pidieron esta vuelta al pasado, sino algunos "arquitectos" con espíritu mercantil los que la ofrecieron y promovieron. Pero no menos cierto es que, de inmediato, los clientes potenciales aceptaron la oferta y la hicieron propia.

Las razones, creo yo, son más complejas y mucho más profundas.

El "estilo" encontró campo fecundo entre una determinada y precisa clase social: la pequeña y mediana burguesía, clase llena de pretensiones de ascenso, de prestigio, clase que añoraba las antiguas casonas del patrón de la hacienda de la que sus abuelos eran peones, o caporales, o incluso los amos expulsados del paraíso porfiriano. Clase, en fin, ansiosa de rango y abolengo, ansiosa de afianzar y exhibir las pobres, las mezquinas conquistas de su estatus.

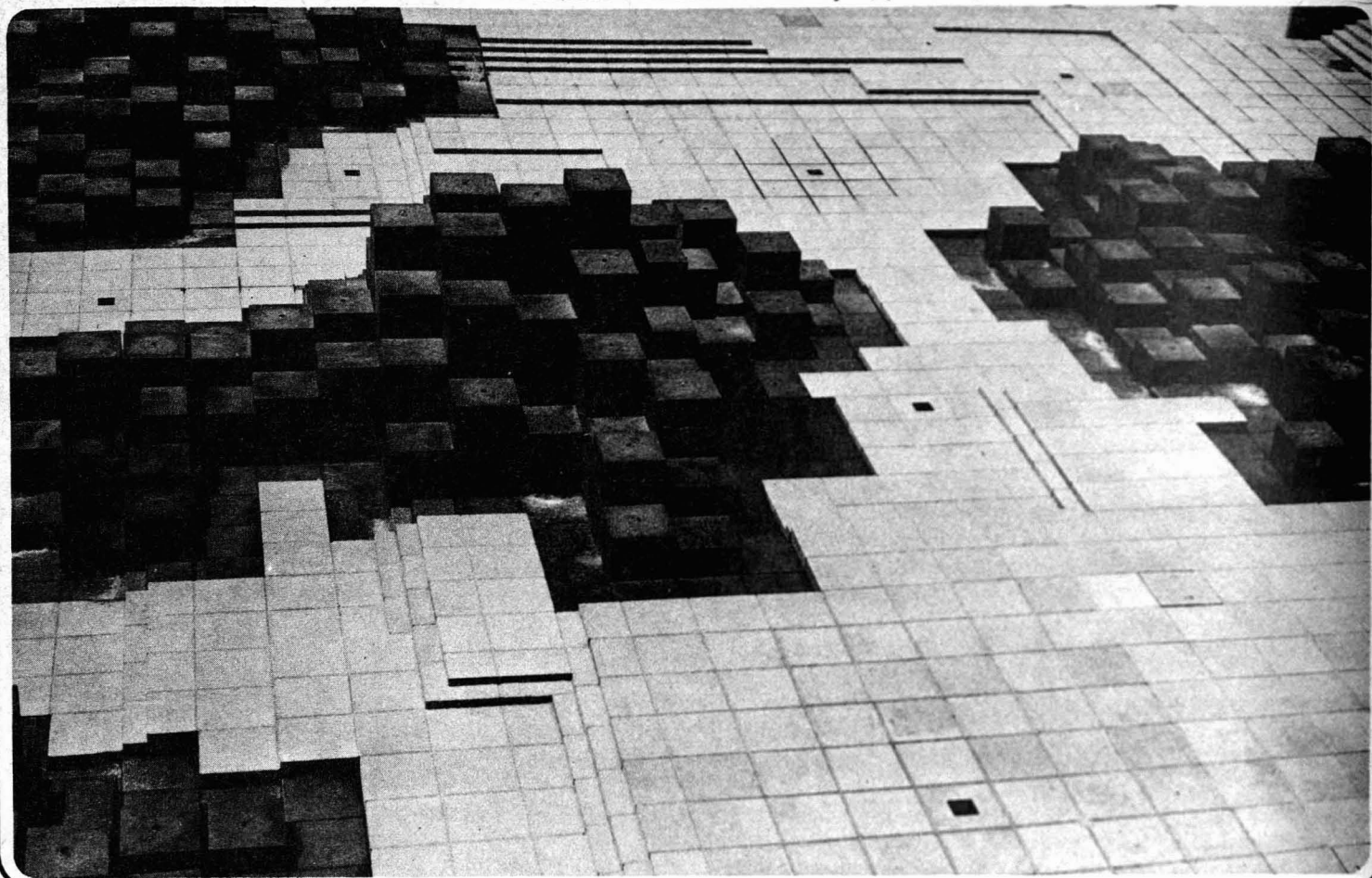
Pero hay algo más. Como en las épocas anteriores en que la tendencia se había manifestado —principalmente en la ciudad de México—, el país vivía una época que pudiéramos llamar de receso histórico.

Después de un sexenio que había, ingenuamente, asustado a más de uno —de nuevo al igual que en las anteriores ocasiones de aparición del fenómeno— se vivía un régimen de aferramiento al pasado, a "lo seguro", y de terror y repudio ante todo lo que significara novedad o cambio. La vuelta hacia atrás no sólo se dio en la arquitectura, sino principalmente, como causa y origen, en lo político. De allí derivó hacia otros campos, como las construcciones, los muebles y objetos decorativos, y también hacia las "estudiantinas" que en ese tiempo renacen y se popularizan, con sus grotescos vestidos, maneras y canciones.

El deterioro de la arquitectura tapatía fue violento. Si bien el germen del anacronismo amenazaba desde mucho antes, fue sólo en esos años, en ese sexenio, que encontró adecuado caldo de cultivo. Fue el triunfo total del sinsentido, de la fachada sobre la realidad, de la careta sobre el rostro de veras, de la mentira sobre la verdad. No casualmente, en esos momentos, el gobierno se autollamaba revolucionario mientras masacraba a las conciencias



Federico González Gortázar.
Edificio de Oficinas y Apartamentos. Guadalajara, (1959)



libres que atisbaban el futuro; no casualmente llegaba y se extendía, entre la burguesía oficialista y la burguesía de casa "antigua", esa apoteosis del culto a la apariencia que es el *Opus Dei*; no casualmente los grupos más poderosos y violentamente reaccionarios del fascismo tapatío ponían a la venta, para financiar sus oscuros negocios, un fraccionamiento que se anunciaba con la frase "como en los viejos tiempos. . ."

Tras de sus recios muros huecos, bajo sus fuertes vigas de madera con corazón de acero, seguía la vida plácida de la ceguera voluntaria y culpable, los hombres prósperos podían seguir gritando que Tlatelolco era una roja conjura contra nuestro guadalupismo.

Lo que nació como una aparentemente inofensiva moda, se convirtió en retrato fiel de una sociedad entera. El gobierno local la eligió como estilo oficial y levantó por doquier sus escenografías: La función de gobernar entendida no como la obligación de crear un futuro, sino como la compulsión a inventar y habitar un pasado.

Hoy, Guadalajara tiene más edificios coloniales que los que hubo en la época de la Colonia, para gloria del turismo. Y aún abundan quienes confunden lo "mexicano" con lo antiguo, como si un país no pudiera evolucionar sin dejar de ser él mismo, como si la tradición no fuera la suma de visiones y lenguajes de épocas sucesivas, como si no fuéramos capaces de engendrar hijos propios sino tan sólo de resucitar cadáveres podridos, como si la conciencia se agotara en la nostalgia.

A este desplome cualitativo correspondió una verdadera explosión cuantitativa. Casas interminablemente repetidas, con sólo pequeños cambios de fachada para que resultaran más vendibles, inundaron fraccionamientos y colonias. Al arquitecto empezó a serle menos útil el diseño que la mercadotecnia.

Como reacción ante tanto "sabor local" y como consecuencia de una mayor información, han aparecido en Jalisco nuevas influencias. Rudolph, Breuer, Kahn, Tange y los Metabolistas, son señuelos recientes. El concreto aparente, las fachadas integrales prefabricadas, el nuevo recetario prestigioso.

Pero no quiero ser injusto: hay obras de calidad e interés indiscutible; hay quienes investigan nuevas formas y conceptos espaciales; hay quienes exploran las fronteras entre la arquitectura y la escultura en arte urbano; hay inquietudes, y búsquedas, y encuentros. La conciencia de la responsabilidad social del arquitecto avanza poco a poco, aunque en general aún diste mucho de ser asumida como un compromiso.

Las Escuelas de arquitectura —que hoy son tres—, si bien cada una con distinto enfoque, han producido, todas, baratos mercachifles y profesionistas serios y capaces. Nombres como el de José Pliego, en diseño urbano y vivienda de "interés social", Jorge Camberos, en planificación, Carlos Núñez, promoviendo e implementando la autogestión en la construcción popular, deben citarse. Si bien sus escasas obras son muy discutibles, José Hernández Laos merece ser nombrado por su papel de catalizador y animador de algunas de las generaciones más recientes. Y hay otros, aunque no demasiados, que quizás pronto deban enlistarse.

El panorama no se cierra ni se agota: se han anotado algunas de sus cumbres, de sus despeñaderos y sus valles, sus líneas generales. La arquitectura jalisciense queda allí, floreciendo y penando como todas las cosas de la tierra. . .